



Año XLVIII

Orihuela 15 Febrero de 1930

Num. 1108

Fundador: D. ADOLFO CLAVARANA

A quien toca la educación

La educación es obra necesariamente social, no solitaria. Ahora bien, tres son las sociedades necesarias, distintas pero armónicamente unidas por Dios, en el seno de las cuales nace el hombre: dos sociedades de orden natural, tales son la familia y la sociedad civil; la tercera, la Iglesia, de orden sobrenatural. Ante todo la familia, instituida inmediatamente por Dios para un fin suyo propio, cual es la procreación y educación de la prole, sociedad que por esto tiene prioridad de naturaleza y consiguientemente cierta prioridad de derechos, respecto de la sociedad civil. Sin embargo, la familia es sociedad imperfecta, porque no tiene en sí todos los medios para el propio perfeccionamiento; mientras la sociedad civil es sociedad perfecta, pues encierra en sí todos los medios para el propio fin, que es el bien común temporal, de donde se sigue que bajo este respecto, o sea, en orden al bien común, la sociedad civil tiene preeminencia sobre la familia, que alcanza precisamente en aquella su conveniente perfección temporal.

La tercera sociedad, en la cual nace el hombre, por medio del Bautismo, a la vida divina de la Gracia, es la Iglesia, sociedad de orden sobrenatural y universal, sociedad perfecta, porque contiene todos los medios para su fin, que es la salvación eterna de los hombres, y por tanto suprema en su orden.

Por consiguiente, la educación que abarca a todo el hombre, individual y socialmente, en el orden de la naturaleza y en el de la gracia, pertenece a estas tres sociedades necesarias, en una medida proporcional y correspondiente a la coordinación de sus respectivos fines, según el orden actual de la providencia establecido por Dios.

Pío XI.

¡Sois mi voz!

Pío XI hablando a los periodistas católicos les dijo:

—Sois mi misma voz; no sólo portavoces sino propiamente mi voz.

¡Gran honor el de los periodistas católicos: ser la voz del Papa!

La misión del Papa Maestro es enseñar...; enseñar a todas las gentes...!

El Papa para enseñar necesita de la palabra y de la cátedra.

No es su garganta tan robusta que haga vibrar de uno a otro confín el mundo.

Para eso está la pluma con las alas ligeras, de la hoja impresa, recogiendo la palabra del Papa y llevándola hasta los últimos rincones de la tierra.

Pero eso es ser portavoz y el periodista es más, es la misma voz del Papa.

El periodista católico bebe sus doctrinas en las enseñanzas de la Iglesia y las comenta y las difunde y las confirma con la autoridad del Pontífice.

El periodista católico es como la onda sonora del Papa, que recoge la emisión de su voz y la lleva a todas partes, para ser recogida y escuchada por todos los oídos...

Excelente misión y oficio el del periodista católico.

Pero en la excelencia de su misión está el cuidado y diligencia que ha de poner el periodista en ser transmisor fiel de la palabra del Papa.

La palabra del Papa debe llegar a los oídos de los fieles con la exactitud de la onda sonora bien retrasmitada.

El que altera la voz del Papa es indigno de su oficio de periodista católico; para él no van las palabras laudatorias y alentadoras del Papa...

L. Almarcha

El mendigo

No había pan en la casa de Nazareth; San José había caído enfermo hacía varios días y los parroquianos por otra parte no podían pagarle de pronto los trabajos que por ellos había hecho, bien que prometían satisfacerlos más tarde.

La Virgen tenía sus ojos fijos en el Niño Jesús.

—Hijo mío, nos falta el pan. Dignate tomar aquel cestito y vete a Simónidas y presentate a aquella rica viuda que tanta fama tiene de caritativa y...

Jesús toma el cestito y emprende el camino, después de haberle impreso María y José un tierno y respetuoso beso en la frente.

Atravesó el pequeño valle sembrado de lirios y rosas.

Aparece por fin el esplendido palacio de la viuda.

Al llegar, Jesús levanta el picaporte dorado y llama. Al instante aparece un esclavo.

—¿Qué quieres, niño hermoso?

—Quisiera hablar con la señora.

—Sube aquella escalera de mármol, pero no toques el pasamano de bronce dorado, pues podrías empañarlo y sobre todo, respeta las pinturas de las paredes. Anda ligero.

Jesús, manso y humilde, no tocó la barandilla ni se arrimó a las paredes...

Llegado a la sala abre la puerta y Jesús, siempre dulce y humilde, entra saluda y aguarda que se le dirija la palabra.

—¿Qué es lo que pretendes, Niño gracioso?—dice la dama, muellemente recostada sobre alto trono de ébano labrado, incrustado en oro.

—Mi Madre María se encuentra sin pan en casa, y me manda presentarme a vos porque tiene hambre.

—¿Pero no trabaja José?

—No, señora; hace 15 días que se halla enfermo.

—Yo no distribuyo mis limosnas sino entre pobres que se hallan sin ningún recurso, y José es obrero.

—Mi Madre dice que no le fueron pagados sus últimos trabajos, y como no tenemos ningún ahorro.

—¡Oh, ya, ya! ¡No faltaba más sino que tuviera que atender a todas las miserias!

José es buen carpintero, lo se bien porque le he hecho trabajar, y cuando haya recobrado la salud ganará para cubrir los atrasos y sostener a su niño y a su esposa.

¡Ea vete presto!

Jesús saludó respetuosamente a la gran dama, abrió la puerta y bajó las escaleras saludando también cariñosamente a los esclavos y siguió pensativo el camino que de Simónidas conduce a Nazareth.

En todo el día no había probado alimento...

De pronto se detiene y escucha atentamente.

De una humilde choza, cuya puerta y única ventana estaban abiertas, salen acentos de tiernas voces...

—¡Oh Jehovah!—decían aquellas voces argentinas.—Vos que tan prodigamente proporcionáis los granos a las aves del campo, dad el pan de cada día a los pobrecitos de Israel.

—Así sea, respondió una voz de mujer.

Jesús se unió a la plegaria de los niños. Uno de los niños advirtió algo extraordinario y dijo a su madre:

—¡Oh madre! ese es el Niño Jesús, invítale a que entre.

Sin aguardar respuestas, todos los niños en tropel van al encuentro de Jesús y le abrazan cariñosamente.

—Mira, Jesús las ricas frutas que

nos han regalado: ven que te daremos a tí.

—Entra en casa, niño amado—le dice la mujer.—¿Cómo andas tan tarde por estos andurriales?

Jesús siempre dulce y humilde, le dice que en casa de sus padres faltaba el pan; pero calló el desaire que recibiera de la señora de Simónidas.

—¿Con que tienes hambre? dijo. ¡Hambre en tan tierna edad! bien me lo dice la palidez de tus mejillas. Aguarda un momento.... Rubén, Simón, Samuel, Lía, dad un abrazo al Niño y retiraos a descansar.

La mujer de la cabaña cierra la puerta y va en busca de una taza de leche, y mojando pan en ella la ofrece al Niño.

—Pero vos; Serapia, ¿habéis cenado ya?

—No te apures, queridito. Dios me ha hecho robusta y me da salud y bien puedo aguardar la vuelta de mi esposo Jacob. El traerá mañana buena provisión de pan.

El niño juntó sus manecitas y pronunció una dulce plegaria.

La mujer corre de nuevo al armario y saca todo el alimento que había para entregárselo luego al niño diciéndole:

—Toma lleva esto a tus padres.

El niño acomodó su cestito y partió con destino a Nazareth, después de agradecer a la buena mujer su obsequio.

María lo esperaba en el portal, suspirando por su tardanza.

El Divino Niño la saludó con amor y ambos llegaron hasta San José, que lo recibió con el más grande cariño.

Jesús contó a sus padres todo lo ocurrido; lo del palacio de la Simónidas y lo de la cabaña de Serapia.

Su madre le dice:

—Tú, que eres Dios y Señor de cielos y tierra, ¿quieres decirme cuál será la suerte de esas dos mujeres?

—La dama que me rechazó, es con todo benéfica. Hace el bien con pompa y busca las alabanzas del mundo: por ello verá multiplicarse sus tesoros.

—¿Y la mujer de la cabaña?—preguntó San José.

Jesús mirando con cariño infinito a sus padres, cuya pobreza heroica y perfecta le tenía enamorado, respondió:

—¡Oh! Esa dichosa mujer seguirá sufriendo la escasez de bienes y las fatigas de la vida en compañía de sus hijos y de su marido. En cambio ni a ella ni a los suyos han de faltar nada de cuanto hay en los infinitos tesoros que enriquecen por toda la eternidad.

Luego, levantando con viveza sus azules ojos a lo alto y unidas sus manecitas sobre el pecho, prosiguió:

—Madre mía, padre mío: de los tales es el reino de los cielos.

CASOS Y COSAS

Tenemos gobierno nuevo con hombres nuevos y viejos y con Cortes en perspectiva.

De todos los rincones de la península van apareciendo al sol de la política los valientes que el golpe del 23 había enmadriguerado, y todos cuentan las *heroicidades* que han hecho y los *peligros* que han corrido como argumentos para colocarse en primer lugar...

Y muchos que se habían desnudado del traje antiguo para vestirse del régimen de la Dictadura han escondido a toda prisa sus flamantes trajes de ayer para vestirse los trajes apolillados de antaño...

¡Cosas de la vida!

Cuando el General Primo de Rivera mire en su reledor y vea los huecos en sus filas, pensará seguramente en la flaqueza de los hombres y en que en el ruido de muchos aplausos se escondía la adulación.

—¿Dónde están mis amigos? exclamaba Napoleón en la soledad de Santa Elena.

Con la caída de la Dictadura se ha caído la tapadera de la boca a los exdiputados y exprofesores republicanos...

¿Para proclamar la libertad de todos?

Ellos proclaman la libertad suya pero los demás... como en Méjico.

Indalecio Prieto dice: «que habiendo llegado la hora de lanzarse a la guerra civil.»

¡Oh y qué humanitarios!

¡La guerra, y civil!

Por algo las madres españolas cuando quieren amedrentar a sus hijos les dicen:

—¡Que viene la república!

Y es que los jefecillos republicanos socialistas y compañeros llevan, en el alma cruelillos tiranuelos con ansia de sangre...

Parece que los Comités Paritarios habían aumentado la empleomanía con cinco mil empleados a cinco pesetas como mínimo cada uno: treinta millones.

A ese paso el Ministerio del Trabajo hubiera resultado el Ministerio de las gangas.

Muy bien que los conflictos sociales entre capital y trabajo se solucionen por medio de arbitrajes; pero que los tribunales de arbitraje sean una suculeta mesa; eso, no.

Tanto más que por ese camino se llega al descrédito de una institución que rectamente entendida y aplicada podía ser fuente de paz.

Varios presidentes de repúblicas han sido objeto de atentados personales.

Ha tocado ahora el papel de víctimas a las jefes de las democracias republicanas.

Los anarquistas no se curan de su rabioso sarampión con inyecciones antimonárquicas.

Los enemigos de la autoridad lo son cualquiera que sea el nombre de la misma y la forma y persona en que esté representada.

En la Ciudad del Vaticano se han celebrado con gran esplendor las fiestas del aniversario de la coronación del Papa.

Roma se ha engalanado como en sus mejores días.

Roma es ciudad Papal.

El pueblo Romano se siente más ciudadano de la Ciudad del Vaticano que de la Roma política. En el rey del Vaticano tienen el alma y el corazón; en la Roma política tienen el cuerpo.

Ha cesado en su cargo altísimo de Secretario de Estado el octogenario Cardenal Gasparri, uno de los hombres más eminentes de Europa y del mundo entero.

Su nombre pasará a la historia unido al Código de Derecho Canónico, y al Pacto de Letrán y a varias obras literarias suyas de señaladísimo mérito.

Le ha sucedido en el cargo el Cardenal Pacelli del cual ha dicho el mismo Pontífice que le ha movido a elevarlo a tan alto cargo su espíritu de piedad y de oración y sus buenas dotes intelectuales de las que ha dado muestra en las Nunciaturas de Munich y de Berlín.

El Romano Pontífice ha publicado una Carta Encíclica sobre «la educación cristiana de la juventud» que ha sido alabada y comentada en todo el orbe católico. De su importancia es prueba el sinúmero de comentarios que han aparecido en toda la prensa europea y los folletos y libros que se anuncian sobre la misma. Y tanto co-

mo el fervor de los buenos, entusiasmo por la palabra del Papa, es la turbación de los malos que no pueden oír hablar de los derechos de Jesucristo sobre la juventud.

Pero la palabra del Papa es terminante: «La Iglesia ha sido constituida por su Divino Autor columna y fundamento de la verdad para que enseñe a todos los hombres la fe divina y custodie íntegro e inviolable su depósito a ella confiado...»

Aun es más terminante la palabra de Jesucristo: «Id e instruid a todas las naciones...»

A. Hernán

Raca y Fatue

Como nuestro oficio, de periodistas católicos, es fustigar los vicios, hoy vamos a emprender con uno, cuya gravedad es poco conocida, y, no obstante, está muy extendido. Se llama en el tecnicismo moral *Contumelia*. Esta palabra viene de *contemnendo*, y es una injusta violación del honor de una persona, estando ella presente. O lo que es igual: es una irrisión, burla, sarcasmo o mofa en presencia del contumeliado.

Este pecado es más grave de lo que parece, como se deduce de estas palabras de N. Sr. Jesucristo: «*Qui dixerit fratri suo raca, reus erit concilio, qui autem dixerit fatue, reus erit gehenna ignis.*» (J. Matt. C. V. v. 22.) Comentando estas palabras el célebre jesuita Cornelio Alápide, dice, entre otras muchas cosas: que Dios, N. Sr., no amenaza con grandes castigos (y mayor no le hay al del infierno) sino a los grandes pecadores: porque todo castigo debe estar en relación de la gravedad del delito. Y esta gravedad se conoce además, por el daño que proporciona y por el enojo que experimenta el ofendido.

Por el primer concepto se daña al honor, que es más estimable que las riquezas, como se lee en el Sdo. Lbo. de los Prov. c. XXII, v. 1. «*Melius est nomen bonum quam divitiarum multarum.*» Por el segundo concepto se nota, que, todos los ofendidos de contumelia se irritan inmediatamente, y algunos hasta el extremo de haber dado la muerte al contumelioso. Por eso, sin duda, los moralistas aseguran que la contumelia es pecado mortal, *ex genere suo*, es decir, que en la mayoría de los casos es grave la ofensa.

Es también pecado más grave que la detracción, porque implica mayor desprecio al prójimo.

El contumelioso, según S. Agustín, está obligado a restituir la fama y demás daños ocasionados.

Reflexione, además, el que ofende con la contumelia estas palabras: «No

hagas a otro lo que no quieras para tí.» S. Mateo c. VII, v. 32 También venimos en conocimiento de lo grave que es este pecado por lo que de él dicen otras palabras de la Sda. Escritura. Veamos algunos textos. El ya citado I.º c. 11, v. 2, dice: «*Vbi erit superbia, ibi erit et contumelia.*» Lo cual quiere decir: que este vicio, como el más directo contra la caridad, lo comete, regularmente, todo hombre soberbio e ineducado. En el mismo Lbo. Sdo. C. X. V. 18, añade: «*Qui profert contumeliam insipiens est.*» ¡Y tan necio!... Como que se cree, o de más talento que los demás: o más listo: o más guapo; el vulgo los llama guasones.

Otra cita del referido Lbo. C. XX, v. 3, dice: «*Omnes qui stulti sunt miscentur contumeliis.*»

Ya lo veis: todos (no exceptuar a uno) todos los necios se entretienen en contumelias.

S. Pablo, al Rom. C. I. V. 30, dice: «*Deo odibilis contumeliosus.*» ¿Que más se puede decir?...

Sí; los que se dan a este vicio, son odiosos a Dios, ¿que fin les espera en la otra vida?

¡Desgraciados! Pues lo más deplorable de este vicio es, que los manchados con él, no conocen su gravedad, y, por lo mismo, no hacen nada para corregirse. Y tanto es así: que si oyen quejarse o enfadarse al contumeliado, en vez de curarle la herida, que le han hecho, con suave aceite y vino generoso, arrojan sobre ella áspero vinagre e irritante sal, con lo cual enconan o exacerban, más y más, la llaga. Aun suelen decirte: ¡Va: no tienes correa!... ¡no sabes tolerar una broma!...

—No, señores guasones!... Lo que VV. han cometido ha sido una falta de caridad grave... y tanto más, cuanto es más digna de respeto la persona contumeliada.

Y vean VV. que contraste: mientras que un gobierno nacional aunque liberal, homenaje, en estos tiempos, a los ancianos, solamente por su vejez, hay personas, hasta piadosas, o que parecen serlo, que se mofan y burlan descaradamente de los que peinan canas, sin más motivo que el de ser viejos. Tal vez me digáis: ¿es que vamos a estar siempre serios? ¿No se nos va a permitir una pobre y sencilla broma, para solazarnos?...

—Sí, os contestare: todas las que queráis, con tal que no molesteis al prójimo. Y aun permitidme os ponga dos modelos, que podéis imitar. V. no es religioso: una monjita, ya canonizada: Sta. Teresita del N. Jesús, carmelita descalza, y que era el encanto de su Comunidad, entre otras cosas, por lo que les hacía reír en los recreos.

El otro modelo es el de su aprovechada discípula, Srta. Concepción Barrecheguren, muerta en olor de santidad hace poco mas de dos años, y de quien decían sus vecinos: ¿Qué pasa en ese piso que siempre están riendo? Pues lo que pasaba era que Conchita estaba contando chistes, con su genio alegre, vivo y ocurrente; pero... ¡jamás (como ni tampoco Sta. Teresita) se burlaron de nadie: sabían ellas, muy bien, que eso es una falta intolerable contra la caridad!...

Para terminar, voy a emitir una idea, que tal vez sea estrambótica; señores guasones: teneis mi permiso (no del Señor) para burlaros; pero ha de ser con la condición de que las personas, objeto de vuestras guasas, esteis ciertos que son santas; y la razón en que me fundo es: porque los mártires gozaban padeciendo por Cristo, de los Apóstoles, taxativamente se dice: que iban gozosos, porque iban a padecer *contumelias* por el nombre de Jesús. «*Ibaut Apostoli gaudentes a conspectu consilii quoniam digni habiti sunt, pro uomine Jesu, Contumeliam pati.*» (Acta Apost. vn C. V. V. 41.)

Fr. Cantalaro.

Las Hermanas del Pueblo

«Las Hermanas del Pueblo», de fundación reciente, no son, en rigor, una Congregación religiosa, sino una «Pía Unión», sin votos solemnes. Tienen su Casa-Madre en Budapest.

Con todo, están consagradas a Dios y viven generalmente en comunidad. Su fin es su propia santificación, y además el bien material y espiritual del prójimo a mayor gloria de Dios.

El fundamento de su vida espiritual es la práctica, lo más perfecta posible, de las virtudes de pobreza, castidad y obediencia, de las cuales no hacen voto religioso. Pero para tener un mérito semejante a las verdaderas religiosas, se obligan con un juramento, temporal o perpetuo, según los casos, y bajo pena de pecado mortal, a guardar los puntos más principales de sus reglas. Se obligan también por juramento «a trabajar y a vivir exclusivamente por el pueblo y por los obreros».

No es que abandonen totalmente el bien espiritual de las clases obreras, pero no pueden ocuparse de ellas sino, en tanto en cuanto pueden ganarlas en favor del bien religioso, moral y económico del pueblo.

El alma de toda su vida espiritual y de todo su apostolado es la devoción al Sagrado Corazón de Jesús.

Los medios que usan ordinariamente para obtener el bien espiritual al prójimo son la enseñanza del Catecís-

mo, las conferencias religiosas y los ejercicios de piedad o funciones religiosas, particularmente en los pueblos que carecen de párroco, o en los suburbios de las grandes ciudades. En unos y otros sitios establecen o construyen capillas provisionales o de socorro, organizan tandas de ejercicios espirituales de San Ignacio y fundan o ayudan a la fundación de casas dedicadas exclusivamente a esta gran obra. Sostienen cuanto pueden y ayudan a la difusión y propaganda de la buena prensa, y en general procuran secundar la acción pastoral de los párrocos en todo aquello que cae dentro de los límites de su propio Instituto.

Pero hemos dicho que procuran también estas Hermanas el progreso material. Su fórmula en esta materia es la siguiente: «El Instituto tiene por fin esencial e inmediato el progreso y la santificación del bienestar material para la mayor gloria de Dios, salvación de las almas y felicidad temporal de la sociedad humana».

De aquí que estas semi-religiosas trabajen de lleno y en virtud de su propia vocación en empresas industriales, agrícolas y comerciales, no para lucrarse con ellas, sino para imitar a las antiguas Ordenes monacales que tanto hicieron progresar la agricultura, la industria y el comercio, al mismo tiempo que llevaban las almas a Dios, según el lema de «pro et aratro».

El ideal de este moderno Instituto femenino es en esta materia de una actualidad sorprendente. El paganismo, dicen, ha infiltrado todo su espíritu en el mundo de los negocios; nosotras, pues, entraremos de lleno en este mundo material para cristianizarlo en cuanto podamos y para espiritualizarlo. Daremos ejemplo de probidad, de moralidad, de moderación y aun de altruismo cristiano en el trabajo, en el negocio, en la empresa, en el manejo y en el uso del oro y de todos los bienes materiales de este mundo económico, en cuanto sea compatible con nuestra condición y sexo.

En Hungría, el 70 por 100 de los valores de este mundo está en manos de gente pagana y judía; lo cual constituye un gravísimo peligro para toda la nación ya desde el punto de vista patriótico, ya también por lo que toca a los sagrados intereses del cristianismo. Las «Hermanas del pueblo» quieren hacer por Dios y por la sociedad, y particularmente por las clases humildes, todo cuanto esté a su alcance para evitar estos tan graves peligros.

Hace tan sólo siete años que actúa esta «Pía Unión» y lleva ya establecidos 73 almacenes católicos de distin-

tas clases, y tiene fundadas tres sociedades anónimas con acciones atributivas. El ministro de Fomento recompensó una de sus grandes empresas con la bonita suma de ocho millones para que pudieran reforzar su presupuesto en favor de las obras benéficas y de apostolado social que tienen establecidas en favor del pueblo. Pues es de saber que las ganancias que con estos establecimientos y empresas comerciales o industriales se consiguen deben destinarse, en virtud de sus reglas, al auxilio del pueblo y de las obras sociales católicas tan faltas por lo general, de recursos pecuniarios.

Con la rebaja de precios en la venta de sus artículos y productos han proporcionado ahorros por valor de seis millones a gente pobre; se ha ayudado con importantes sumas a 35 pequeños comerciantes para restablecer su crédito y su negocio, que veían perdido, y se han proporcionado medios honrosos de ganarse la vida a un buen número de familias antes acomodadas a quienes la fortuna había sido totalmente adversa.

Lea V. *La Lectura Popular* Dela a leer.

Llévela a un buzón de la Buena Prensa o de La Legión Católica o de otra institución de propaganda.

Un suscriptor nos envía con el pago de la suscripción un donativo para La Lectura Popular y lo que vale aun mas que el donativo unas palabras cristianas de aliento. Nosotros como viejos españoles le contestamos desde aquí con el españolísimo: ¡Dios se lo pague!

La Lectura Popular

La suscripción se hace por acciones medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción da derecho a recibir cien ejemplares de cada número o sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre suscribdos, colonos, operarios, feligreses, etc. o manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos fábricas, escuelas establecimientos y otros centros.

Precio de suscripcion directa

Una acción.....	4	pesetas mensuales
Media id.....	2	»
Un cuarto id...	1	»
Un octavo id..	0'50	»

Dirigir la correspondencia a Don Diego Castaño, administrador de «La Lectura Popular», Bellot 3, Orihuela, (Alicante).

Imp. La Lectura Popular.—Orihuela.